

EL CUERPO EN *LAS MORADAS* DE SANTA TERESA¹

Mercedes Navarro Puerto²

PREMISAS INTRODUCTORIAS

Hace muchos años escribí mi tesis doctoral de psicología sobre el itinerario del yo alma en *Las Moradas* de santa Teresa³. En ella, entre otras dimensiones, estudié la del cuerpo. Sin embargo, cuando después de más de dos décadas he vuelto a aquel texto en la perspectiva corporal, me ha sorprendido darme cuenta de la complejidad de su sentido. El texto de Teresa es el mismo, pero yo no soy la misma, ni tampoco es idéntica la perspectiva desde la que leo hoy *Las Moradas*. Por eso, solo me aventuro a ofrecer una aproximación global, diferente a la minuciosa y detallada que hice en mi tesis. Por otro lado, la perspectiva de aquel trabajo era psicológica y, como es lógico, lo era también la metodología empleada. Mis pretensiones en este pequeño texto son bastante más modestas y mi perspectiva es distinta, aunque no excluya la mirada psicológica en algún momento concreto. Pretendo ofrecer y compartir mis observaciones y reflexiones sobre lo que descubro sobre el cuerpo en mi lectura actual de esta obra de Teresa.

En este momento, me doy cuenta de que hablar del cuerpo en el texto de *Las Moradas* de Teresa de Ávila requiere tomar una decisión sobre el significado del término. Puede parecer fácil, pues da la impresión de que todo el mundo sabe

¹ Este artículo es una revisión ampliada de la conferencia que ofrecí en la Universidad de Barcelona el 27 de marzo de 2015, dentro del ciclo de conferencias organizado por el Centro Edith Stein de dicha Universidad.

² Biblista, teóloga y psicóloga, fui profesora de Antiguo Testamento en la Facultad de Teología de la UPSA durante 8 años, y de Psicología y Religión en la Facultad de Psicología de la misma Universidad durante 15.

³ Mercedes NAVARRO PUERTO, *Psicología y mística. Las Moradas de Santa Teresa* (Madrid: Ediciones S. Pio X, 1992)

qué quiere decir cuerpo, pero no es sencillo. Todos sabemos que su significado tiene muchas dimensiones. Por citar algunas, “cuerpo” se entiende de un modo diferente en la dimensión del tiempo, según la época, en la dimensión sociocultural, según el contexto, según la cultura, y en la dimensión personal, según cada experiencia biográfica.

Aquí no me voy a ocupar del cuerpo en Teresa, aunque es lógico que en mi aproximación se perciba su personalísima huella. No trataré del cuerpo en Teresa, así como aparece en su biografía ni en el resto de sus obras, pero haré referencia a él, brevemente, en las notas contextuales. Pretendo centrarme en los significados que descubro en el texto de *Las Moradas*, como ha quedado en sus páginas, consciente de que me sitúo ante un texto escrito hace quinientos años. Lógicamente tengo en cuenta que en el texto queda proyectada mucha de la experiencia corporal de la autora, unas veces expresamente, y la mayoría, de forma inconsciente e implícita.

Cuento con algunas premisas que cito brevemente. La primera es que en el texto literario de *Las Moradas*, se encuentran, ya para siempre, las huellas del cuerpo de su autora. Más aún: el texto es testimonio directo de un cuerpo, el suyo, porque es un producto manufacturado. La segunda premisa es la consideración del cuerpo, cualquier cuerpo humano, como soporte y expresión de la cultura y la sociedad en las que nace y en las que vive. Todo cuerpo es soporte y huella de estigmas sociales, de factores medioambientales, lugar no solo de cultura, sino de contracultura y de frontera, bajo esa pretendida naturalidad con la que lo damos por supuesto. Dicho de otro modo: cuento con la premisa de que el cuerpo es una construcción. El cuerpo es construido según los criterios de lo que es saludable o dañino, según los criterios de pureza e impureza, de integración y de exclusión, y, particularmente, según las convenciones y creencias sobre los géneros, tanto si hablamos de un cuerpo individual, como si nos referimos a la idea de cuerpo vigente en una sociedad, o al cuerpo como ideal, el cuerpo proyectado en una determinada cultura. Este cuerpo proyectado se advierte en la imagen y en la literatura de la época de Teresa.

Por estas razones, y por otras que no es preciso describir, considero imprescindible comenzar con unas pinceladas contextuales. No está de más volver sobre aquellos rasgos propios del contexto del s. XVI español que más nos interesan para nuestro propósito y darle un breve repaso al marco histórico y cultural en el que Teresa escribe su obra. Nos ayudará a entender algunos de los aspectos más originales de *Las Moradas del Castillo interior*.

1. NOTAS CONTEXTUALES

Cuando escribe *Las Moradas del Castillo interior*, en 1577⁴, Teresa tiene ya 62 años. Se encuentra en su período de madurez humana y espiritual, la segunda mitad de la vida, como diría Jung, y a pocos años de su muerte (1583). En este momento de la historia de España ya ha tenido lugar el período de apertura del ambiente espiritual iluminista y su posterior restricción por obra de la vigilancia social e inquisitorial. Ella es consciente desde que era muy joven. Esta consciencia atraviesa su vida y su obra y puede percibirse en el sentido manifiesto, como cuando habla de que vive “tiempos recios”, y más todavía en el sentido latente. Teresa es, desde hace mucho, una sospechosa *a priori*. Sospechosa por ser mujer, descendiente de judíos, y por cultivar su vida interior. Como es lista e inteligente se ha pertrechado con los mejores recursos a su alcance: buenas compañías, confesores de prestigio y buenas lecturas, porque no está dispuesta a abandonar el camino emprendido. Se arriesga hasta el límite, pero no lo cruza insensatamente. En esta época, sobre este trasfondo, la noción de cuerpo se explora mejor atendiendo a la comprensión del alma. Importa esta. El resto, según la idea más generalizada, es cuerpo: subordinado, inferior, secundario, percibido a veces como un peso y un estorbo. Las influencias filosóficas en la antropología y en la percepción social y psicológica del ser humano son las del neoplatonismo pasado por el tomismo y revisado por el erasmismo y otras teorías del trasfondo.

⁴ Comienza el 2 de junio y acaba el 29 de noviembre de 1577, aunque la obra no será publicada hasta 1588.

A mi modo de ver, la representación del cuerpo no es tan simple como para apresarla en la idea predominante de una antropología dualista, algo que es verdad, pero ni mucho menos toda la verdad. Quizás es más claro hablar de la apreciación de la corporalidad atendiendo a la variable del género, pues en ese momento, como también en el actual, las mujeres son percibidas como seres más corporales que los hombres. Sobre todo, cuando la idea más superficial opone de manera jerárquica alma y cuerpo, asociando alma con espíritu, y cuerpo con materia. Ellas, las mujeres, son más carne, más sensualidad, más emotividad y sentimiento que los hombres. Son más materia. Son, en buena medida, como sucede ahora, proyección de los deseos e idealizaciones masculinas. Que sean proyecciones e idealizaciones, sin embargo, no impide que fueran eficaces y operativas. Pues lo eran, y mucho. Las corrientes espirituales, en las que destacan muchas mujeres con experiencias de alta e intensa vida interior, son un contrapunto que señala a la complejidad de la realidad. El Renacimiento europeo, que llega a España como a ráfagas y por sectores, se mezcla y enreda con la Reforma y la Contrarreforma. Esta última llegará a sepultarlo. Pues bien, en este ambiente nace, se configura y se expande la autora de *Las Moradas*. Un ambiente complejo, por tanto, que recoge, como es normal, la obra.

Por otro lado, Teresa tiene la referencia básica de Ávila, de Castilla, que también tiene sus peculiaridades si comparamos esta región con otras, como por ejemplo Andalucía. Entre la concepción del cuerpo en Ávila y la concepción de la corporalidad en Sevilla, existen diferencias notables. Si Teresa hubiera nacido en Sevilla, la obra de *Las Moradas*, teniendo el mismo sentido espiritual, sería otra obra sin ninguna duda, pues las experiencias que en ella se describen no pueden de ningún modo prescindir del cuerpo contextualizado también desde el punto de vista del ecosistema, más allá de la frecuencia con que utilice este término. Pero la hipótesis solo sirve para entender la importancia de la contextualización. Lo cierto es que Teresa escribió su obra maestra en su ciudad natal, la Ávila castellana del s. XVI.

En el sentido más biográfico, el cuerpo de la autora de *Las Moradas* es un cuerpo que se ha dejado sentir desde que era adolescente. La famosa crisis que la

puso literalmente al borde de la tumba y que se prolongó durante años manifestándose en forma de debilidad física y de constantes problemas de salud, habla de un cuerpo protestón ante la voluntad de su dueña de mudarse a vivir a un medio hostil y difícil, un medio casi opuesto al que la habían acostumbrado desde su nacimiento⁵. Teresa siempre sufrió de mala salud física. Su cuerpo, como toda ella, era complejo y versátil en sus reacciones, tanto si nos referimos al dolor como al goce. En el prólogo de *Las Moradas* la autora indica que en esos momentos no se encontraba especialmente bien de salud. Su cuerpo es débil, reclama atención y cuidado, pero, repito, la voluntad de Teresa es muy fuerte y, como dictan las normas de su tiempo, intenta a través de esa voluntad y por todos los medios, someter al cuerpo, ya sea ignorándolo, o domándolo. Pretende hacer que él la siga, aunque sea de mala gana. Dicen los testigos que, pese a su mal estado de salud, escribe el texto del *Castillo interior* velozmente hasta la V Morada, en la que tiene que parar para reponerse por un breve tiempo. Con la pausa incluida, Teresa tarda tan solo seis meses en escribir *Las Moradas*.

El cuerpo de la autora de este texto, es, en síntesis, un cuerpo fuerte en su debilidad y consigue, con y sin la decisión expresa del yo consciente de Teresa, ofrecerle no solo su resistencia, sino su riqueza espiritual, su versatilidad para la expresión de las emociones, los sentimientos, el goce, el amor, la presencia y la ausencia de la persona amada, la realidad cotidiana y pedestre, y la mística trascendente. Sus obras escritas y sus actividades en general muestran a una mujer cuya salud mental es, cuando menos, desconcertante. La relación entre la mala salud física y la buena salud mental no es sencilla de describir y analizar. Aunque tampoco es el objetivo de este trabajo, deseo detenerme brevemente en este apartado, debido a su interés a la hora de entender ciertas expresiones del itinerario de *Las Moradas*, aquellas en las que se advierten experiencias de la autora del texto, como puede apreciarse en su autobiografía.

⁵ Puede verse Joseph PÉREZ, *Teresa de Ávila y la España de su tiempo* (Madrid: Algaba, 2007), 49ss.

Se ha especulado mucho sobre la naturaleza de la salud psíquica de Teresa de Ávila. Las expresiones corporales son susceptibles de diferentes lecturas, obviamente, pero son muchos los autores (menos autoras), psicólogos, psiquiatras, médicos, teólogos... que se han sentido, y se sienten, fascinados por los problemas de salud de Teresa. Algunos tienen en cuenta el contexto, aunque interpreten los síntomas según los criterios de la medicina y de la psiquiatría actuales. Otros pasan directamente a emitir sus juicios y ofrecer sus diagnósticos como si se pudiera trasladar de inmediato el criterio de salud del siglo XVI al de los siglos XX y XXI. Sería insensato, por mi parte, no hacer uso de los avances de la psicología y la psiquiatría actuales, pues sin duda son instrumentos que bien aplicados arrojan luz sobre los padecimientos de Teresa. A la vez, me parece importante no perder de vista que se trata de interpretaciones y, por esta razón, adoptar dichas interpretaciones con las debidas cautelas. Reitero que el cuerpo es una construcción y lo son, igualmente, la salud y la enfermedad.

Su crisis de primera juventud ha sido diagnosticada, por algunos, como resultado de una infección crónica precedida de convulsiones y síntomas de meningoencefalitis y de radiculoneuritis. Y sus problemas cardíacos han sido comparados con los propios de una pericarditis⁶. Existe consenso en afirmar que, además, padeció fiebre de Malta, una enfermedad sumamente corriente en la Ávila de aquellos tiempos, debida a la leche de cabra, que provocaba fiebre intermitente. A este diagnóstico, se añaden las convulsiones de origen neurológico, perlesía o parkinsonismo post-encefalicó, como lo más importante. Murió, según puede deducirse de cuanto se conoce, del llamado “cáncer de las monjas” (adenocarcinoma de endometrio). Algunas de estas enfermedades, sobre todo las de carácter neurológico, repercutían en su psiquismo sin lugar a dudas.

Esta relación de enfermedades y diagnósticos seguramente son bastante ajustados a lo que Teresa padeció. Su capacidad de autoobservación y su facilidad para expresarlo por escrito han facilitado mucho la tarea.

⁶ Véase Avelino SENRA VARELA, *Las enfermedades de Santa Teresa* (Madrid: Díaz de Santos, 2005).

No podemos ignorar el diagnóstico de epilepsia o enfermedad de Dostoyevsky, en el que tantos coinciden para explicar médicamente lo que la autora cuenta de sus arrobamientos y éxtasis en el *Libro de la Vida* y en *Las Moradas*⁷.

Hasta aquí, sumariamente, lo más consensuado por la medicina alopática. La homeopatía, contemplando los mismos síntomas, ofrecería un diagnóstico diferente porque su percepción de la relación salud-enfermedad, es diferente. Al tratarse de una medicina con un punto de partida más holístico, podría dar cuenta de forma más adecuada de la compleja salud de Teresa. Cada tipo de medicina construye su concepto de salud de un modo diferente y, en cierto sentido, todos los enfoques pueden ser complementarios para entender el conjunto, el todo, que es la persona y la obra de Teresa.

Nada de cuanto queda dicho, sin embargo, afecta al núcleo de la salud de Teresa, entendida en el sentido holístico. Desde este punto de vista, la figura de Teresa, percibida desde su final y, por lo tanto, como un proyecto, ha vivido un proceso de sanación y en este sentido podemos hablar, teniendo en cuenta la percepción que ella tenía de sí al final de su vida y la que tenían quienes la conocían y amaban, y la que podemos tener hoy desde un marco holístico, de que gozó de una espléndida salud (o estado sano) mental.

Todo cuanto queda señalado arriba se sitúa en una dimensión. Es la propia de la ciencia médica, ya sea alopática u homeopática. La interpretaciones de este nivel, sin embargo, no estorban lo más mínimo esas otras interpretaciones que pertenecen al nivel de lo espiritual y de lo religioso. No porque sean niveles separables, sino porque al distinguirlos para analizarlos observamos que no están en la misma dimensión y, por ello, no deben confundirse ni reducirse mutuamente. Cada nivel (incluso otros que aquí no quedan mencionados, como el social, por ejemplo) ha de respetarse respecto de los otros para que cada cual ofrezca su particular luz.

⁷ Puede verse Esteban GARCÍA-ALBEA RISTOL, *Teresa de Jesús: una ilustre epiléptica* (Madrid: Huerga y Fierro, 2003), que causó mucho revuelo en su momento.

¿Cómo se entiende que enfermedades concretas y expresiones corporales que pueden diagnosticarse hoy con más claridad que en el s. XVI y que en nuestro siglo XXI serían tratadas con los medios actuales puedan generar un estado sano global? La Psicología de la Religión⁸ indica dos cosas fundamentales. La primera: todo síntoma o signo corporal y psíquico se inserta en la biografía de la persona que lo expresa. El carácter religioso y/o espiritual lo lleva a cabo la interpretación de la persona. Los contenidos hacen referencia a dichas interpretaciones que, repito, se incluyen en la globalidad del sujeto. La segunda: la salud o la patología total no residen en los contenidos, y puede que tampoco o no del todo en los síntomas y expresiones, sino en los resultados. Dicho de otro modo, en la actitud resultante⁹.

Volviendo a la obra de *Las Moradas* nos queda una última precisión. El título contiene el término *castillo* que, en sentido amplio, es metáfora, entre otras cosas, del cuerpo entendido como la envoltura física de la persona. Es el marco de sentido de su obra y en él encontramos abundantes referencias socioculturales y religiosas. La más inmediata es la misma ciudad fortificada de Ávila, así como los castillos del entorno que albergan a los nobles desde la configuración feudal del espacio en el medioevo. Es un término utilizado con mucha frecuencia en la literatura de la época, especialmente en la poesía y las novelas de caballería. Y, lo que no es menos importante, se trata de un vocablo de un profundo trasfondo bíblico. Teresa utiliza la imagen para hablar de los mundos que hay dentro del mundo de la persona, dentro de su dimensión espiritual. No es la única que lo hace, pero sí quien ha conseguido atravesar épocas y culturas y dotar a su obra de una dimensión universal propia de las grandes obras literarias y espirituales. El sentido de *castillo* es múltiple en su texto, pero, repetimos, uno de ellos es el sentido de cuerpo.

⁸ Impartí esta asignatura de Psicología aplicada en la Facultad de Psicología de la UPISA.

⁹ La actitud, entendida como la armonía y la retroalimentación de la dimensión cognitiva, afectiva y comportamental, en sus expresiones hacia dentro y hacia fuera (relacional, social, política, institucional...).

2. EL TÉRMINO CUERPO EN *LAS MORADAS DEL CASTILLO INTERIOR*

Una vez situado contextualmente el sentido antropológico presente en la época de Teresa y en la biografía de la autora, y una vez resumido el panorama de las interpretaciones sobre la salud de su cuerpo y su psiquismo, pasamos ya a explorar el significado de *cuerpo* en el texto atendiendo a su itinerario. Comenzaremos con una panorámica general sobre el uso de términos relativos al cuerpo y, en seguida, pasaremos a describir algunos de sus usos concretos en cada una de las Moradas. Sobre esta base podremos interpretar el sentido de la corporalidad en el itinerario propuesto.

Panorámica general

El término “cuerpo” atraviesa todo el texto. Sin embargo, su distribución en las diferentes partes, que la autora llama Moradas, es muy desigual. Lo primero que se observa es una paradoja: donde presumiblemente, de acuerdo con las creencias antropológicas del contexto del siglo XVI, la corporalidad debería estar más presente, esto es, en las primeras moradas, su escasa presencia resulta llamativa. Y donde, supuestamente predomina el espíritu, porque es el culmen de todo el proceso, allí donde se ubica la profundidad del alma y tiene lugar el encuentro con la divinidad, se alude profusamente al cuerpo y a la corporalidad. Aunque lo iremos viendo en detalle, esta percepción general es un primer indicio de que hay una distancia interesante entre lo que promueven la cultura y la antropología vigentes, y la forma en que se concretan no ya en una persona determinada, sino en la propuesta de un camino espiritual y religioso por parte de una mujer.

Descripción por Moradas

Veamos dicha distribución, de manera descriptiva, en un rápido recorrido.

En las Moradas I, apenas encontramos términos que aludan directamente al cuerpo. La autora, en un momento dado, usa el cuerpo como imagen para describir una determinada situación, esto es, la de un cuerpo tullido que no

obedece las órdenes del cerebro. Poco más. Nombra figurativamente los sentidos de la vista y el oído, el olfato en una ocasión, y se refiere, por fin, a la pérdida de la salud.

En las II Moradas hace bastante uso del verbo oír y se refiere a los problemas de salud que podría conllevar el exceso de penitencias corporales. Menciona poco el sentido de la vista y comienza a utilizar los verbos gozar y padecer que, como veremos, son una constante en toda la obra y parte esencial del itinerario.

En las III Moradas aumentan los términos, sustantivos y verbos, expresiones e incluso descripciones, alusivas al cuerpo. Predominan verbos como vivir, morir, hablar, sentir, sufrir, padecer, comer, dormir... y encontramos alusiones a las lágrimas, la melancolía, el apretamiento del corazón, así como referencias al cuidado inadecuado del cuerpo y a la necesidad de cuidar la salud.

En las IV Moradas el incremento de los términos referidos al cuerpo, ya sea de forma real, figurativa y simbólica, es significativo con respecto a las Moradas anteriores. Aunque en la III ya iban apareciendo las experiencias propias de esta fase mística expresadas corporalmente, en estas cuartas Moradas y en la sexta, repito, el aumento es considerablemente mayor. Menciona con mucha frecuencia todo lo que tiene que ver con la expresión desbordante de los sentimientos en lágrimas y llanto, así como de los gustos y contentos y gozos. Es reiterativa en las advertencias sobre los peligros que existen para la salud en muchos de tales desbordamientos corporales del espíritu y se refiere incluso a somatizaciones como el sangrado de nariz. Estas experiencias muestran un cuerpo al que el yo consciente no puede controlar con su sola voluntad, sobre todo en ciertos momentos. Aparece por vez primera el símbolo de los pechos y de la leche para figurar una modalidad íntima y nutritiva de alimento.

Lo más característico de *las V Moradas* son las experiencias en las que el cuerpo parece quedar desvitalizado, en estado cuasi catatónico. A la vez, es interesante la alusión a servicios concretos a las hermanas cuando es menester mantener los pies en el suelo de la vida concreta, servicios que ella ejemplifica en términos de necesidades corporales, como cuando están enfermas, sufren dolores,

necesitan comer, etc. Introduce ya el tema del desposorio y alude al posterior matrimonio espiritual entre el alma y D*s.

En las Moradas VI, que son las más largas y profusas de toda la obra, con más de diez capítulos, la autora pelea con las palabras en un ir y venir constante de expresiones que quieren decir, pero a la vez no dicen lo que quieren, en su intento de expresar vivencias difíciles de dar a entender con el lenguaje común. En esta pugna recurre al campo semántico del cuerpo porque no hay términos que puedan sugerir mejor lo que pretende expresar. Se produce, entonces, la paradoja de que para conseguir hablar del espíritu no tiene más remedio que acudir al cuerpo. Hay muchas expresiones referidas al sufrimiento, las heridas, los trabajos, enfermedades, dolores agudos, sentir que se muere y se le escapa literalmente la vida, el enfriamiento de miembros y músculos, y otros síntomas derivados del dominio de ciertas funciones del sistema vegetativo. Y acude también a los sentidos y a su lenguaje simbólico y empírico: la vista y el oído, las lágrimas de desbordamiento, el gozo exultante, los efectos de los arrobamientos. Acude a experiencias que rozan lo extrasensorial y a paradojas potentes como la herida y el dolor sabrosos. Alude en varias ocasiones a las flaquezas corporales de las mujeres, y a la visión de Jesús en su humanidad, que es una forma suya de expresar su corporalidad, de manera que vincula estrechamente humanidad con corporalidad, aunque no necesariamente con la corporalidad carnal. Es curioso que en momentos en los que dice que no es el cuerpo, las expresiones de las que se vale son todas corporales.

En las VII y últimas Moradas introduce el símbolo esponsal del matrimonio espiritual para hablar de la unión y la fusión, en la que el alma siendo parte del todo no deja de ser sí misma, ni se pierde. En estas Moradas tiene lugar una inversión de lo que sucedía en las Moradas anteriores, como las VI, por ejemplo, pues ahora el cuerpo ocupa su lugar explícito, pero la protagonista del itinerario se siente más libre de él, de forma que no necesita estar oponiéndolo continuamente al alma ni a su dimensión espiritual. Vuelve el cuerpo materno, con los pechos y la leche, pero el cuerpo al que se refiere es un cuerpo paradójico: debilitado y fuerte, porque aunque la dimensión física está

disminuida, el ánimo lo fortalece hasta el punto de que consigue mantenerlo vivo y activo.

Este cuerpo presente y paradójico es una corporalidad de la que se puede prescindir, precisamente porque ya no es una molestia ni una carga. Tanto es así que la autora menciona que no le importa seguir viva lo que sea necesario, en aparente contradicción con experiencias precedentes en las que ansiaba la muerte. En Moradas precedentes, en efecto, ha expresado en más de una ocasión que el cuerpo le impide vivir plenamente experiencias que no puede soportar físicamente y, entonces, desea morir y abandonar lo que en ese momento percibe como un cuerpo-carga, un cuerpo-cáscara, un cuerpo-limitación. El cuerpo que emerge en la Morada VII ya no se percibe de este modo a sí mismo. Se encuentra en otra dimensión y es más cuerpo que nunca.

En este recorrido panorámico es fácil advertir, en *primer término*, el lugar imprescindible que ocupa el cuerpo en *Las Moradas*, especialmente cuando el alma entra en sí misma con mayor profundidad, es decir, cuando aparentemente el espíritu no debería necesitar al cuerpo (siempre según la antropología vigente en su contexto).

En *segundo lugar*, es importante darse cuenta de que la oposición cuerpo-espíritu, materia-espíritu, que es propia de la antropología dominante y de las creencias culturales, se rompe a favor de una experiencia en la que distinguir, para explicar y entender, no equivale a separar. La antropología de *Las Moradas* tiene en el nivel significativo un cierto dualismo, y en el nivel del significado una antropología claramente unitaria.

Y, en *tercero y último lugar*, deseo subrayar que cada vez que la autora necesita ofrecer datos de sensatez y de salud mental y holística, de la totalidad personal, acude al cuerpo. Es el caso, por ejemplo, del uso que hace cuando necesita diferenciar lo verdadero de lo falso, lo auténtico de lo aparente, o cuando quiere restablecer la axiología cristiana (el servicio y el amor concreto a las personas, por encima de todo lo demás), consiguiendo que la dimensión mística de la experiencia espiritual no quede fuera ni ajena, ni se coloque por encima de

lo característico de la fe cristiana, o cuando se refiere a la dimensión corporal para hablar del Cristo en el que ella cree.

Una vez realizado este recorrido podemos detenernos en aquellos aspectos que, a mi entender, son más ricos e interesantes.

3. EXPERIENCIAS CORPORALES EN *LAS MORADAS*

Las experiencias corporales que atraviesan *Las Moradas* forman un tejido rico y complejo. No pretendo dar cuenta de todos sus hilos ni tampoco de la trama. Solo deseo resaltar tres aspectos que, a mi juicio, evolucionan en forma de espiral o helicoidal, es decir, avanzando y subiendo de nivel en cada vuelta en la que se recuperan los significados ya experimentados. Me voy a referir al cuerpo como un dato de la realidad, al cuerpo alterado y alborotado, y al cuerpo sosegado y unificado. Toda la obra, podemos decir, queda atravesada por estas experiencias, pero el nivel en el que se vive cada una de ellas queda reflejado en un avance que la autora pretende que sea lineal, aunque, en realidad, repito, se desarrolla en forma de espiral y, como han observado muchos autores y autoras, adquiere un dinamismo propio de los círculos concéntricos.

1. El cuerpo, dato de la realidad (M I-II)

En todas las Moradas aparece el cuerpo como un dato, como parte de lo que somos, de lo que es el alma que protagoniza el itinerario espiritual. Pero esto se hace más patente en las dos primeras Moradas, como se muestra en el dato de que la autora apenas lo nombra explícitamente. Las primeras son las dos Moradas en las que el cuerpo conecta con la experiencia más común e inmediata de los humanos, la experiencia de ser cuerpo, con momentos específicos en los que por alguna razón ese “ser cuerpo” se convierte en “tener cuerpo”, aunque no lo expresemos explícitamente. Es la experiencia de que no hay nada fuera del cuerpo, sea cual sea la dimensión desde la que el ser humano se exprese. El cuerpo es un supuesto, un dato de realidad y de experiencia. La autora de *Las Moradas* no tiene conciencia de esa condición corporal, porque en estos primeros

momentos predominan las experiencias comunes, aquellas que, por ser normales y ordinarias, no parecen dignas de ser tenidas en cuenta. Es algo así como la rutina y la cotidianidad en la que todo parece funcionar, esa normalidad de la que no es preciso decir nada. Resulta interesante notar que en los momentos en los que el yo-alma decide comenzar un camino plagado de dificultades, en los primeros tramos de su esfuerzo, no explicita la dimensión corporal. Esta, permanece casi invisible. La experiencia es semejante a la de quien vive en un estado de salud corporal, a la percepción de que no se tiene cuerpo porque no se le siente, de que no se sienten ni el estómago ni los pulmones ni la digestión ni la circulación. La experiencia refleja ese estado en el que si queremos percibir el cuerpo hemos de hacer algo especial como pararnos, caer en la cuenta, tomarnos el pulso o escuchar la propia respiración. Los distintos y escasos momentos en los que se menciona el cuerpo en estas Moradas tienen que ver con el intento de pararse y escucharse.

En las primeras y segundas Moradas el cuerpo parece ir acorde con el espíritu, de tal modo que no es necesario hacerlo notar. En conclusión, es la experiencia del cuerpo espiritual como un dato y un supuesto. La primera impresión que puede producir es la de que quienes comienzan este camino se experimentan a sí mismas/os de forma unificada, como espíritus corporales y cuerpos espirituales. Pero esto es solo una ilusión, porque en este estado lo que se vive entra en la categoría de esa forma de ignorancia que implica pobreza y superficialidad en la conciencia de sí. Vivir en el cuerpo como un dato dado, parecen decir las primeras Moradas, tiene que ver más con el desconocimiento de sí y la ignorancia que con la unidad existencial.

2. El cuerpo alborotado y alterado

Este cuerpo invisible, imperceptible casi, dato y supuesto de realidad, acorde con la experiencia espiritual, abandona su invisibilidad y comienza a dejarse notar a medida que el yo-alma entra en sí misma y el mundo interior, por decirlo de algún modo, se activa y despierta. Esta actividad del espíritu que, en términos

de psicología profunda equivale en buena medida al inconsciente, no solo altera algunas funciones del cuerpo, sino que provoca un estado alterado de la conciencia corporal. La armonía del funcionamiento normal desaparece debido al desajuste entre esas dimensiones que se despiertan y el efecto que tienen en el cuerpo, si queremos hablar en términos más dualistas. Si nos referimos a estas experiencias en un lenguaje unitario y holístico tendremos que hablar de una espiritualidad corporal que explora su expansión y, en dicha exploración, no solo roza límites que, como bien dice la autora, conllevan ciertos niveles de desequilibrio¹² que podrían afectar al funcionamiento sano del cuerpo e, incluso, a la misma vida, sino que los pone a prueba. Es una exploración de dentro afuera que pide al cuerpo que dé más de sí, que se expanda. Podemos compararlo a lo que sucede en ciertos entrenamientos deportivos destinados a superar las propias marcas, o a lo que se experimenta cuando la mente y el cuerpo, debido a desequilibrios propios de lo que llamamos trastornos mentales, sufren un desacuerdo, o cuando experimentamos algo novedoso por efecto de sustancias específicas, que modifican los estados de conciencia alterando el cuerpo y las funciones orgánicas.

Estas Moradas, de las III a las VI, muestran que hay experiencias de espiritualidad encarnada que llevan la vida física hasta sus límites. El entrenamiento precedente, el esfuerzo anterior de las otras Moradas, ayudan, pero no explican las alteraciones que se producen. En un momento dado tiene lugar un salto cualitativo, un cambio en la dimensión de la corporalidad. La autora dice en algunos momentos que no todas las personas que han entrado en las Moradas primeras experimentan lo que se describe en estas otras. Esta observación es importante, tanto para que nadie confunda la santidad ni el buen camino espiritual con las experiencias místicas, por más auténticas que sean, como para

¹² En la dimensión de la medicina científica ya queda dicho cómo puede interpretarse. Pero no olvidemos que la autora está proponiendo un itinerario para otras, para sus monjas concretamente, aunque no exclusivamente. Esto quiere decir que muchas personas pueden llegar a estos estados por vías diferentes a las de la autora, y esto es muy interesante.

indicar, implícitamente, que los humanos somos diversos y singulares. La autora describe un proceso, pero en él no rige la lógica de la causalidad.

La paradoja de esta experiencia es que la dimensión ilimitada y el impulso hacia el infinito provocan una conciencia muy fuerte del cuerpo como límite. Es la experiencia de numerosas personas que se adentran en los procesos que llamamos místicos, o los que hoy son denominados como estados transpersonales. El despertar del espíritu, el despertar de la conciencia, la exploración de la expansión de los sentidos y de las emociones chocan necesariamente con la corporalidad física, con los procesos vitales y el funcionamiento que llamamos *normal*¹³. El cuerpo físico, sin embargo, aunque sea un dato de la realidad, no solo es diverso y singular, sino que está modelado por la experiencia social y cultural, una experiencia introyectada por cada sujeto a su propio modo. En el tiempo de Teresa la mentalidad sobre los límites del cuerpo, sobre todo del cuerpo de las mujeres, estaba muy definida, delimitada y, por ello, controlada. Es la mentalidad que se aplica al espíritu y su expresión corporal, como se aplican el corpiño o el corsé a la belleza, dificultando la normal respiración. Las mujeres que sujetaban sus pechos y contraían sus pulmones ateniéndose a los cánones de belleza marcados por la cultura patriarcal, autolimitaban también la expansión de sus conciencias y su libertad vital y espiritual, porque el espíritu se percibe, se ve y se hace visible en el cuerpo.

Y, a la par, entra por la puerta trasera la posibilidad de transgredir las limitaciones a través del cultivo del espíritu, pasado por el fino tamiz de los controles, claro está. Tal posibilidad, que entra en conflicto con la norma asumida, es, en sí misma, una fuerte y potente protesta contra el dualismo de las creencias y contra las estrecheces y el control a que son sometidas las mujeres. Las experiencias del espíritu que muchas de ellas anhelan, y en las que entran a

¹³ Tanto la salud y la patología, como la normalidad y la anormalidad se sitúan en un *continuum*. Las distintas épocas y los diferentes contextos recolocan las fronteras y los umbrales de los extremos a lo largo del *continuum*, pero también dotan de significado cada lugar, cada persona, cada grupo de personas situadas en el mismo.

fondo, las proponen como seres con derecho a la profundidad espiritual encarnada.

La obra de *Las Moradas* tiene el inmenso valor de introducir esta posibilidad y este derecho de las mujeres por la puerta grande. No ha sido sin dificultades, como bien sabemos, pero con esta obra Teresa lo consiguió para las mujeres de sus conventos, para las mujeres de su tiempo y para las de todas las épocas que vinimos después. Las experiencias de ese cuerpo alborotado, sentiente y alterado, son un permiso de libre circulación al descontrol del cuerpo que se deja en las manos del propio espíritu y, por ello, se convierte en una vía de protesta elevada a la dignidad de lo santo o, como diríamos en términos actuales, de lo excelente.

3. *El cuerpo sosegado y unificado*

Las Moradas VII nos devuelven un cuerpo que, siendo un dato de realidad, ya no se puede dar por supuesto. Un cuerpo que guarda memoria celular y sentiente de su alteración y descontrol, un cuerpo que ha saboreado la libertad hasta límites imposibles de expresar con palabras. La experiencia se parece, *mutatis mutandi*, a la que tienen muchas personas que han sufrido un cáncer, por ejemplo, y recuperan la salud. El dato del cuerpo y el de la salud no son un supuesto como lo eran antes del cáncer. Siendo el mismo, es distinto. La memoria de lo padecido modifica la autopercepción corporal. El padecimiento sensible sensibiliza también para el gozo y el disfrute. No me detengo aquí, pero las experiencias que narran muchas de estas personas recuperadas, incluso no curadas del todo, son muy elocuentes. La experiencia del cuerpo en esta Morada se parece, también, a la de aquellas personas que han experimentado goces intensos y recuperan el estado anterior a la experiencia desbordante, pues quedan corporalmente marcadas por el recuerdo y la memoria de dicha intensidad.

El cuerpo de las VII Moradas devuelve y propone una experiencia de espiritualidad encarnada marcada ya por el sosiego, pero la autora deja muy claro que la persona, cuerpo espiritual y espíritu encarnado, es, entera, ella misma y distinta, recuerdo tranquilo y unificado de todas las experiencias vividas. La

unificación es tal y el cuerpo se ha modificado de tal modo, que ni siquiera echa de menos las alteraciones hermosas de sus sentimientos y de su pasión. Los capítulos de estas Moradas insisten de manera más o menos explícita en que la persona ya no necesita nada de lo precedente. Ahora disfruta de un estado en el que todo el camino vivido está comprimido, condensado. El resultado es un amor nuevo hacia la propia corporalidad.

Aquí, en la nueva consciencia de sí que da el autoconocimiento, es donde radica la gran diferencia entre la ilusión de unidad propia de las primeras Moradas, con la experiencia del cuerpo como un dato con el que solo se cuenta cuando se deja notar, y la verdadera consciencia de unidad, de totalidad, que brinda el conocimiento de quien se ha arriesgado a través del resto del itinerario, poniendo en juego, incluso, su vida.

PISTAS Y OBSERVACIONES CONCLUSIVAS

En esta parte final de mi breve trabajo quiero, a la vez, recopilar lo dicho y dejarlo abierto. Deseo concluir mirando a mi mundo y mi contexto, aunque sea de un modo muy parcial y limitado, a la luz de la exploración de esos aspectos de la corporalidad que atraviesan el texto y el itinerario de *Las Moradas*. Lo hago focalizando mi punto de vista en las mujeres y partiendo de una observación general. En una mirada retrospectiva, observo que cuando la historia y una cultura concreta son sacudidas por una crisis multidimensional es inteligente mirar a las mujeres, pues son ellas las que apuntan en la dirección del futuro y de la evolución. No todas, tal vez solo algunas, en las que se condensa con más claridad dicha evolución. No voy a recorrer las etapas de la historia, obviamente, pero quiero dejar constancia de que si en la España del s. XVI una mujer como Teresa condensa y sintetiza en su persona y en su obra lo que viven y lo que desean buena parte de las mujeres de su época, en este país y en nuestros días se produce un fenómeno que responde al mismo patrón. Recomiendo, por tanto, seguir la pista de las mujeres y de sus búsquedas espirituales, pues ellas, también hoy, señalan la dirección de la evolución de la humanidad. En el s. XVI, en el

que vive Teresa y escribe *Las Moradas*, la antropología dualista se fijaba obsesivamente en la censura del cuerpo de las mujeres. En el s. XXI la antropología sigue siendo subrepticamente dualista y, por ello, continúa censurando y constriñendo la libertad corporal de las mujeres¹⁴.

Voy a seguir el itinerario de *Las Moradas* cuestionando las tres dimensiones corporales a las que me he referido anteriormente.

1. ¿Corporalidad espiritual dada?

Presumimos de una antropología unitaria y de un concepto de cuerpo extenso y plural. Sin embargo, perviven dificultades y censuras cuando muchas mujeres deciden entrar en un camino de autoconocimiento y unificación, pues esta decisión, como ocurría en tiempos de Teresa, desafía los cánones corporales establecidos. En el imaginario actual del cuerpo de las mujeres se agazapa un concepto de cuerpo distorsionado, alienado, interesado económica y políticamente: cuerpos para, cuerpos de, cuerpos-objeto, cuerpos sometidos, cuerpos violentados, ocultados, ninguneados y asesinados. Son muchas las mujeres de nuestro tiempo que encuentran barreras cuando deciden adueñarse del propio cuerpo iniciando un itinerario personal. Por ejemplo, muchas mujeres que quieren entrar en este proceso de autoconocimiento holístico siguen atadas a las expectativas que tienen otros y otras sobre sus cuerpos. Por estas razones, considero que el cuerpo de las mujeres, en general, no es un supuesto ni un dato accesible para sí mismas en buena parte del mundo. Las que desean iniciar un proceso de individuación deben comenzar un paso más atrás de donde comenzaban las mujeres de la primera Morada, pues han de tomar la decisión de querer ser dueñas de su propio cuerpo. Parece absurdo, si tenemos en cuenta que

¹⁴ Existen escritos, vídeos, narraciones, libros de reflexiones feministas sobre esta cuestión. Yo quiero referirme a la conocida obra de Fatema MERNISI, *El harén de Occidente* (Madrid: Espasa-Calpe, 2001), pues la autora, desde su contexto diverso y desde su distinta tradición religiosa, ofrece un interesante espejo a las mujeres occidentales que pone en tela de juicio esa libertad y ese estado liberado que presuponemos y ayuda a realizar una tarea de autocrítica respecto a los mismos y respecto a las conquistas, a veces solo supuestas, de las que nos gloriamos.

en la idea actual de cuerpo de mujer subyace la premisa de que somos las dueñas de nuestros cuerpos, algo que la realidad niega continuamente. Las mujeres que no se someten a los cánones culturales del concepto individual y social del cuerpo son castigadas de muy diversas maneras. Si no se visten como manda la moda, si no se someten a las dietas alimentarias para mantener el peso y la forma esperados, si perciben su menopausia como una etapa nueva y liberadora, en lugar de vivirla como un estado que las precipita en los parajes de la soledad, del deterioro de la salud¹⁵. Para que estas mujeres puedan tomar conciencia, a diferencia de lo que ocurría en el s. XVI, es preciso crear una disonancia cognitiva entre la creencia de que se tienen a sí mismas y la realidad de alienación en la que viven. Y es que del mismo modo que construimos nuestra identidad, podemos construir nuestros cuerpos espirituales y nuestra espiritualidad corporal.

2. ¿Cuerpos alborotados, sensuales y sentientes?

Las mujeres actuales que inician un camino de autoconocimiento y unificación holística, pretenden, antes de nada, callar el alboroto y el trajín de un cuerpo que permanece en un continuo estado de alteración. Es lo que implica el paso por las primeras Moradas en su propio itinerario. La primera impresión es que este camino necesita reajustes, si queremos que sirva para las mujeres de hoy. Pero si traspasamos esta impresión inmediata y superficial, nos daremos cuenta de que las alteraciones y alborotos de los que hablamos suceden de fuera adentro. Por ejemplo, la libertad de las mujeres para el descontrol sexual, para el goce que proporcionan ciertas sustancias, para las expresiones de sus impulsos y

¹⁵ Piénsese que todavía está vigente la idea de que las mujeres, a partir de la menopausia, sufren un proceso de deterioro en su salud, por lo que deben tomar hormonas o realizar reajustes estéticos en su piel, sobre todo en su rostro, en sus pechos..., y no se advierte que detrás de la idea de cuerpo deteriorado o en franco proceso de deterioro subyace el intento de controlar a unas mujeres que corporalmente ya no están ni ocupadas ni preocupadas por los imperativos de la fertilidad. Entre otras cosas. Existe una profusión de literatura, de mayor o menor calidad, que pide a las mujeres una mayor y crítica toma de conciencia. Buena parte de esta literatura hace hincapié en la oportunidad de esta fase de la vida para establecer un mayor contacto consigo mismas y con el propio mundo interior espiritual.

sus emociones¹⁶. Las primeras Moradas, como ya vimos, intentan abrir el camino a una conciencia espiritual que despierte de dentro afuera. Las mujeres de hoy que quieren entrar en un proceso de individuación tropiezan con los cánones socioculturales que obstaculizan una experiencia de espiritualidad encarnada. Las que se atreven, se adentran en terrenos liminales y transgresores. Muchas de estas mujeres se encuentran en la segunda mitad de la vida y en este tiempo se abren camino a través de corrientes, técnicas, grupos... marginales, supuestamente poco serios a muchas miradas, porque escapan de los cánones del patriarcado actual¹⁷. Estos recorridos provocan un altercado y un alboroto de dentro afuera que lleva a muchas mujeres a cambiar de vida. Aquellas que aceptan su historia y se reconcilian con ella, las que dicen basta a malos tratos de otros, de sí mismas y del sistema, las que se liberan de consignas supuestamente apropiadas respecto a la belleza y la salud, las que deciden afrontar los conflictos producidos por las decisiones que se atreven a tomar, las que se arriesgan a vivir una experiencia espiritual en el propio cuerpo expandiendo los propios límites..., todas estas mujeres son, en el mejor de los casos, ignoradas, y en otros casos, menospreciadas y tratadas como marginales¹⁸. Están en las fronteras del sistema desafiando el desprecio de lo que se teme porque no se conoce y es percibido como potencial transformador¹⁹. Pero con ellas avanza lo humano, evoluciona la humanidad.

¹⁶ No quiero decir que las mujeres no tengan derecho a experimentarlas, obviamente. Tampoco me refiero a que haya que censurarlas ni creo que se deba generalizar. Más bien, quiero referirme a la tendencia a colocar en este alboroto la libertad, el “vivir la vida plenamente”, como si ciertos límites por sí mismos tuvieran esa virtud. Esto sí me parece peligroso y lo considero interés del patriarcado. A este no le interesan las mujeres libres del miedo, por ejemplo, a los estereotipos, que rompen con las expectativas...

¹⁷ Me refiero a la prolífica literatura de autoayuda y a los grupos, que no censan de multiplicarse, llamados despectivamente (sin criba, sin crítica seria) de la Nueva Era, o denominaciones parecidas.

¹⁸ Resulta curioso que en muchos casos se siga llamando a estas mujeres “locas”. Como en tantas y tantas épocas. No deja de ser un patrón con el que podemos orientarnos.

¹⁹ Hoy se experimenta audazmente con los estados alterados de conciencia, con la expansión de la conciencia mediante técnicas y entrenamientos como la meditación y otras prácticas, algunas ancestrales. Ciertamente, habrá que separar el grano de la paja. Sin embargo, la tendencia es más bien la contraria, la de “tirar al niño con el agua”.

3. *¿Cuerpos unificados y sosegados?*

Hoy existen muchas mujeres cuyos cuerpos se encuentran disfrutando del estado que describen las VII Moradas. Se trata de mujeres que han realizado un itinerario, frecuentemente duro, y han logrado unificarse de dentro afuera y de fuera adentro. Mujeres espirituales que están dentro y fuera de las religiones (yo conozco a muchas). Siempre he pensado que es una pérdida para la humanidad desconocerlas, ignorarlas y permitir que permanezcan en la invisibilidad. También he pensado que, a pesar de ello, estas mujeres sostienen la vida. Lo creo no solo por mi condición de creyente, sino porque me adhiero a las teorías de la masa crítica y de los campos mórficos²⁰ que intentan explicar la conexión existente en la realidad, una conexión que es invisible en su mayor parte²¹. Estoy convencida de que este mundo, en lo que tiene de mejor, está sostenido en su mayor parte por las mujeres unificadas. Si queremos descubrir dónde están debemos buscar más allá de los prejuicios (por ejemplo, religiosas y monjas²²), bajo la superficie de lo evidente y lo inmediato, en las grietas del sistema, en

²⁰ El concepto de “masa crítica” se utiliza tanto en física como en sociología. Se refiere a ese número mínimo de sujetos necesarios para que algo, una realidad, una novedad, etc. tenga lugar y adquiera dinámica propia para durar y crecer. Por su parte, Rupert Sheldrake definió una hipótesis, llamada campos mórficos, referidos a campos no físicos (de información) que ejercen influencia sobre sistemas que presentan algún tipo de organización inherente. Es decir, se trata de información que, una vez superada la masa crítica, se transmite a otros sistemas no contiguos (físicamente lejanos). Tiene alguna relación con la idea de “sincronía” descrita por C. G. Jung.

²¹ Desde mi punto de vista creo que el feminismo tiene aquí una gran tarea por realizar. Siguiendo ciertos patrones se llegarían a formular descubrimientos muy interesantes para lo humano, para la humanidad. Lo que el cristianismo llama “la comunión de los santos” hoy puede seguirse con categorías que pueden enganchar con las genealogías por semejanza y por evolución, con ciertas ideas de lo que son resonancias de los y las antepasadas, con lo que muchas entienden por “reencarnación” (que es necesario traducir), por lo que se explora en las constelaciones familiares..., solo por poner algunos ejemplos. Seguramente suena arriesgado, pero yo percibo patrones comunes.

²² Dentro de los monasterios, de los conventos y de las comunidades religiosas existen muchas mujeres que han logrado un alto nivel de profundidad humana, a partir del cultivo de su espiritualidad, que es un don para la humanidad. Los prejuicios sobre religiosas y monjas no permiten traspasar el nivel más superficial. Es fácil tratar lo monástico y lo relativo a las religiosas como globalmente “monjil”, desautorizando de golpe lo más valioso que estas formas de vida, particularmente de mujeres, ofrecen a lo humano.

supuestas normalidades anormales. Como he señalado en otras ocasiones, es necesario observar resultados y atender a ciertos patrones o modelos, que se repiten como los fractales. Estas mujeres, de una espiritualidad encarnada y de una carne espiritual, existen, las tenemos delante, conviven entre nosotros. Descubrir las sería de gran ayuda para las personas que seguimos viviendo en un estado continuo de búsqueda holística.

(Madrid, 28 de marzo de 2015, quinto centenario del nacimiento de Teresa de Ávila)

BIBLIOGRAFÍA BÁSICA

Fuente:

TERESA DE JESÚS, *Obras Completas* (Burgos: Monte Carmelo, 1977), 765-1043.

Otras obras:

BALLTONDRE PLA, Mónica, *Éxtasis y visiones. La experiencia contemplativa de Teresa de Ávila* (Barcelona: Erasmus Ediciones, 2012).

FREIRE, Espido, *Para vos nací. Un mes con Teresa de Ávila* (Barcelona: Ariel, 2015)

GARCÍA-ALBEA RISTOL, Esteban, *Teresa de Jesús: una ilustre epiléptica* (Madrid: Huerga y Fierro, 2003)

NAVARRO PUERTO, Mercedes, *Psicología y mística. Las Moradas de Santa Teresa* (Madrid: Ediciones S. Pio X, 1992).

PÉREZ, Joseph, *Teresa de Ávila y la España de su tiempo* (Madrid: Algaba, 2007)

SENRA VARELA, Avelino, *Las enfermedades de Santa Teresa* (Madrid: Díaz de Santos, 2005)

VIGARELLO, George, “El adiestramiento del cuerpo desde la edad de la caballería hasta la urbanidad cortesana, en Michel FEHER, Ramona NADDAFF y Nadia

TAZZI, *Fragmentos para una historia del cuerpo humano, vol II* (Madrid: Taurus 1991), 149-199.

WELCH, John, *Peregrinos espirituales. Carl Jung y Teresa de Jesús* (Bilbao: Desclée De Brouwer, 2001).

Texto publicado bajo una licencia Creative Commons



Reconocimiento – NoComercial – CompartirIgual (by-nc-sa):

No se permite un uso comercial de la obra original ni de las posibles obras derivadas, la distribución de las cuales se debe hacer con una licencia igual a la que regula la obra original.